

para su Clínica, ese aire *luminoso, ordenado y limpio, humanamente agradable* que sabe proyectar en un ambiente sólo aquel que tiene un concepto entrañable de lo que es un hogar” (DEL PORTILLO - PONZ PIEDRAFITA - HERRANZ, 1976, p. 165). Estas palabras encierran lo que fue la predicación y visitas a enfermos de san Josemaría.

Voces relacionadas: Dolor; Enfermedad; García Escobar, María Ignacia.

Bibliografía: AVP, I, *passim*; AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1987²; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980; Julio GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, “San Josemaría entre los enfermos de Madrid (1927-1931)”, *SetD*, 2 (2008), pp. 147-203; Julio MONTERO - Javier CERVERA GIL, “Madrid en los años treinta. Ambiente social, político, cultural y religioso”, *SetD*, 3 (2009), pp. 13-39; Álvaro DEL PORTILLO - FRANCISCO PONZ PIEDRAFITA - Gonzalo HERRANZ, *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1976; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Gonzalo LOBO MÉNDEZ

AUDACIA

1. Significado y contexto. 2. Dos sentidos de la audacia. 3. Audacia e infancia espiritual.

Las referencias a la audacia, que indica la actitud de atreverse a tareas difíciles o arriesgadas, así como a términos y expresiones semejantes (valentía, santa desvergüenza, fortaleza, santa intransigencia), son habituales en los escritos de san Josemaría y constituyen un rasgo característico de su espiritualidad.

1. Significado y contexto

El término “audacia” encuentra un contexto muy apropiado para captar su significado para san Josemaría en la expresión “Dios y audacia”, que aparece dos veces en *Camino* (11 y 401) y una en *Surco* (96). En los comienzos del Opus Dei, la expresión se relaciona con la historia de la primera actividad apostólica de carácter institucional, la Academia DYA, inaugurada a finales de 1933 (cfr. AVP, I, pp. 508-519, 533-538). Hay testimonios que muestran que era una expresión que san Josemaría usaba con frecuencia, para animar, a quienes se acercaban a su apostolado, a superar las dificultades y a comportarse con magnanimidad y altura de miras (cfr. *Testimonios*, 1994, p. 294).

La expresión “Dios y audacia” pone de relieve que la audacia no es una actitud meramente humana, sino que se fundamenta en la confianza en Dios, de quien el cristiano recibe la fortaleza para actuar audazmente. Es manifestación de la fe en Dios, que opera en el cristiano y le lleva a evitar toda actitud apocada y a no contemporizar (cfr. C, 54), tanto en su misión apostólica como en la propia vida espiritual. Constituye un rasgo de esa “naturalidad sobrenatural de la ascética cristiana” (S, 559) que lleva al discípulo de Jesús a superar sus propias limitaciones, a crecerse ante los obstáculos (cfr. C, 12) y a ampliar sus horizontes con la “santa ambición (...) de llevar el mundo entero a Dios” (S, 701) –ambición que debe ser “por Cristo, por Amor” (C, 24)–, sin caer en la falsa prudencia de quienes “han llamado locuras a las obras de Dios” (C, 479). Al contrario, “por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez” (AD, 87), escribe san Josemaría.

2. Dos sentidos de la audacia

Los pasajes en los que san Josemaría habla de la audacia aparecen en dos ámbitos principales. Por un lado, la audacia, entendida sobre todo como sinónimo de

valentía y fortaleza, es el contrapunto de la cobardía, la vergüenza y los respetos humanos que retraen al cristiano y le impiden presentarse claramente como discípulo de Cristo: “Asusta el daño que podemos producir, si nos dejamos arrastrar por el miedo o la vergüenza de mostrarnos como cristianos en la vida ordinaria” (S, 36). Es abierto testimonio de fidelidad a Dios y a la fe recibida: “Tengamos la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe” (S, 46). Este significado de la audacia se encuentra ya en *Camino* y aparece con más frecuencia en *Surco*, donde hay un capítulo con este título (S, 96-124).

La audacia no es, como se ha visto, algo puramente humano, y no se debe confundir con la osadía, imprudencia o atrevimiento inconsciente de quien actúa movido por su carácter impulsivo o como reacción ante determinadas circunstancias. Así, escribe san Josemaría, que “audacia no es imprudencia, ni osadía irreflexiva, ni simple atrevimiento” (S, 97; cfr. C, 401); por el contrario –continúa–, “es fortaleza, virtud cardinal, necesaria para la vida del alma” (S, 97). Su raíz se ancla en la confianza en Dios: “¿Has visto? –¡Con Él, has podido! ¿De qué te asombras? –Convéncete: no tienes de qué maravillarte. Confiando en Dios –¡confiando de veras!–, las cosas resultan fáciles. Y, además, se sobrepasa siempre el límite de lo imaginado” (S, 123). El cristiano audaz, que confía en Dios, se llena de optimismo: “Antes eras pesimista, indeciso y apático. Ahora te has transformado totalmente: te sientes audaz, optimista, seguro de ti mismo..., porque al fin te has decidido a buscar tu apoyo sólo en Dios” (S, 426). Y eso con independencia de que no se vea el fruto: “Convéncete: cuando se trabaja por Dios, no hay dificultades que no se puedan superar, ni desalientos que hagan abandonar la tarea, ni fracasos dignos de este nombre, por infructuosos que aparezcan los resultados” (S, 110). Quien es sobrenaturalmente audaz no se arredra, antes bien,

insiste (cfr. S, 107), reconociendo con humildad que la fuerza viene de lo alto, que no procede de su propio esfuerzo: “Con sentido de profunda humildad –fuertes en el nombre de nuestro Dios y no, como dice el Salmo, «en los recursos de nuestros carros de combate y de nuestros caballos»–, hemos de procurar, sin respetos humanos, que no haya rincones de la sociedad en los que no se conozca a Cristo” (F, 716).

La audacia, cuando es sobrenatural, nace del amor a Dios y se manifiesta en el modo de relacionarse con Él. Es “chifladura de enamorado” (S, 799), “locura de amor” (F, 790, 825; AD, 307), “audacia de niño” (F, 70), “divino atrevimiento” (AD, 306). Este segundo sentido del término está presente ya en las primeras obras de san Josemaría: “No temas si, al discurrir por tu cuenta, se te escapan afectos y palabras audaces y pueriles. Jesús lo quiere” (SR, Conclusión). Los dos sentidos se hallan íntimamente relacionados y en el capítulo de *Camino* donde se incluyen los textos que hacen referencia al primer sentido de audacia aparece también la audacia o atrevimiento en el trato con Dios: “No pidas a Jesús perdón tan sólo de tus culpas: no le ames con tu corazón solamente... Desagráviale por todas las ofensas que le han hecho, le hacen y le harán..., ámale con toda la fuerza de todos los corazones de todos los hombres que más le hayan querido. Sé audaz: dile que estás más loco por Él que María Magdalena, más que Teresa y Teresita..., más chiflado que Agustín y Domingo y Francisco, más que Ignacio y Javier” (C, 402).

3. Audacia e infancia espiritual

La audacia es una actitud propia de los niños (cfr. C, 857, 896), cuyo atrevimiento e ingenua confianza revelan la intimidad y la ausencia de respetos humanos: “Ten todavía más audacia y, cuando necesites algo, partiendo siempre del «Fiat», no pidas: di «Jesús, quiero esto o lo otro», porque así piden los niños” (C, 403). El camino de la

infancia espiritual encuentra en la audacia un maravilloso instrumento de lo sobrenatural: “Niño audaz, grita: ¡Qué amor el de Teresa! –¡Qué celo el de Xavier! –¡Qué varón más admirable San Pablo! –¡Ah, Jesús, pues yo... te quiero más que Pablo, Xavier y Teresa!” (C, 874). San Josemaría alienta al cristiano a la audacia en la vida interior, imitando a los grandes santos (cfr. ECP, 83), como camino para enamorarse de Dios, dejando que Él actúe (cfr. S, 124) y le transforme: “Sé atrevido en tu oración, y el Señor te transformará de pesimista en optimista; de tímido en audaz; de apocado de espíritu en hombre de fe, ¡en apóstol!” (S, 118). Característico de este sentido de audacia es su estrecha relación con la vida de infancia espiritual: “–Y, antes de terminar la decena, has besado tú las llagas de sus pies..., y yo más atrevido –por más niño– he puesto mis labios sobre su costado abierto” (SR, Primer Misterio Glorioso). En último término, la raíz y fundamento de la audacia no es sino el amor: “Mira, las dificultades –grandes y pequeñas– se ven enseguida..., pero, si hay amor, no se repara en esos obstáculos, y se procede con audacia, con decisión, con valentía” (F, 676).

Voces relacionadas: Fortaleza; Infancia espiritual; Magnanimidad.

Bibliografía: S, 97-124; AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; José MORALES, “La práctica del cristianismo en Surco”, en AA.VV., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 213-241.

Víctor SANZ SANTACRUZ

AUSTRALIA

1. Los comienzos en tierras lejanas. 2. La tiranía de la distancia.

San Josemaría desde el primer momento vio el Opus Dei extendido por los cinco continentes. Ya en el año 1935, siete años después de que en 1928 Dios le hiciera ver el Opus Dei, escribió sobre la necesidad de “crear el ambiente cristiano en esos grandes territorios de América, de Australia, de África” (*Instrucción de San Gabriel:* AGP, serie A.3, 90-1-2).

Rezó intensamente por la gente de Australia. En una peregrinación a la Virgen de Guadalupe, en 1970, ofreció explícitamente el quinto misterio del Rosario por este continente: “Esta última decena la ofrecemos por los pueblos de Oceanía, donde hay tan pocos católicos y poquísimos clero: ¡tantas islas..., y verdaderamente aislados! Sentimos la necesidad de acudir en su ayuda, porque nos interesan las almas de todo el mundo, y porque faltan brazos para atenderlas (...). La tarea apostólica y humana es ciertamente grande, pero contamos con el mandato imperativo de Dios y con la intercesión de Nuestra Señora, que es la Reina de la Victoria (...). A nuestra Madre le encomendamos toda la labor, para que triunfe su Hijo” (Apuntes tomados de su oración personal en la Villa de Guadalupe, 24-V-1970, en *Crónica*, 1995, p. 459: AGP, Biblioteca, P01).

1. Los comienzos en tierras lejanas

En 1959, en los Estados Unidos, pidió la admisión en el Opus Dei el primer australiano, Ron Woodhead, un profesor de la Escuela de Ingenieros que descubrió el Opus Dei durante un año sabático en el Massachusetts Institute of Technology, en Boston. En 1960 regresó a Australia, siendo el único miembro en este país hasta la llegada de otros fieles del Opus Dei en 1963.

Durante el Concilio Vaticano II, el cardenal Gilroy, arzobispo de Sydney, visitó

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.